

«OUI-NON»



# FRANCIA Y SU DILEMA

«S

Í o «No», esta es la cuestión. Charles de Gaulle ha formulado otra vez su versión de la sentencia hamletiana, y el pueblo francés se encuentra en estas vísperas del domingo 28 de octubre ante el formidable dilema de elegir entre dos rumbos dispares e inciertos la dirección de su porvenir colectivo.

La convocatoria del referéndum que dará paso a una República de más acusado presidencialismo o devolverá al parlamentarismo la confianza del país, que quiebra desde el 13 de mayo del Forum de Argel, ha tenido la virtud de curar a millones de franceses su atonía política, al obligar a toda la comunidad a asumir voluntariamente su

destino, pronunciándose sobre su futuro en una respuesta categórica.

¿Cómo se despliegan sobre el tapete verde del político ázar las diversas fuerzas que van a responsabilizarse de esta jugada decisiva? ¿De qué manera ha planteado De Gaulle su pretendida reforma constitucional?

Partidario decidido del poder

personal, el «más grande entre los franceses», tras haber intervenido quirúrgicamente el temor argelino, debe afrontar problemas de extraordinaria envergadura, tanto en el orden interior como en el internacional. En un mundo cambiante de tan acelerada movilidad como el de estos años, De Gaulle, en nombre de la «grandeur française»

reclama de sus conciudadanos, directamente, una mayor capacidad de decisión, sin estorbos ni cortapisas. Si los franceses le otorgan el domingo su confianza, el Presidente de la República ya no será elegido por el voto de los compromisarios, sino por sufragio universal.

¿Cómo han reaccionado los partidos políticos ante este planteamiento? De Gaulle ha encontrado, como se esperaba, el inmediato apoyo de la U. N. R., la organización nacida del retorno al poder del general. Y ha tropezado por el freno, la censura y a veces la recriminación violenta de los partidos de la IV República, que temen la apertura de un bonapartismo —son varios los precedentes históricos—, y que en todo caso ven disminuidas, y algunos virtualmente anuladas, sus posibilidades de actuación política. La voluntad del pueblo, desviada por nuevos y más directos cauces, ya no circularía más por la vía parlamentaria, que pasaría a ejercer un papel decorativo.

Desde Monnerville —la segunda personalidad de la nación en este momento— hasta los comunistas, pasando por los cristiano-demócratas del M. R. P., los liberales a la antigua usanza, como Paul Reynaud, y los socialistas de distinto matiz, las grandes figuras de la política francesa de la posguerra han criticado, en principio, el planteamiento degaullista como un «chantaje» —el Presidente ha amenaza-



Pinay, en la reserva



Mendes France: «La República Moderna»

do con retirarse a Colombey-les-deux-Eglises si su proyecto no es aprobado por abrumadora mayoría—, y han solicitado después un voto masivo en contra de la reforma constitucional, que abriría el paso —dicen— a cualquier aventurero.

Los partidos políticos reprochan a De Gaulle, por otra parte, la utilización de los fallos de la IV República para coaccionar a los electores. Todos, sin excepción, reconocen las insuficiencias y contradicciones del régimen anterior, y en su programa

intentan una superación de esos defectos. Coincidiendo, en principio, con el general, en esta inevitable y necesaria revisión de la política precedente, las diversas agrupaciones se sitúan al nivel del nuevo planteamiento y se oponen decididamente al radicalismo implícito en el referéndum.

Pero una historia tan madura como la francesa no podía comprometer todas sus posibilidades de futuro en un solo golpe de dados. En la penumbra marginal de una actualidad tan

bullanguera hay un hombre que aguarda en silencio su oportunidad: instalado sobre la infraestructura de un capitalismo poderoso que no admite jugadas decisivas, un político experto. Pinay, creyendo en su mano los secretos de la prosperidad económica, se halla a la espera, mudo.

Más trascendente todavía nos parece la posición adoptada por un político tan inteligente y tan conocedor de la coyuntura actual como Pierre Mendes-France, el heredero de la mejor tradición jacobina. Fuera, en apariencia, de la batalla incruenta que ha impuesto De Gaulle, Mendes-France propone, en una obra de extensísima difusión —«La República Moderna»— una solución que se aparta tanto de la tesis degaullista como de los viejos programas partidistas. Cualquiera que sea el resultado del referéndum, Mendes-France contará en la política francesa del porvenir.

A última hora, un nuevo factor determinante viene a añadirse a esta compleja relación de fuerzas: Kennedy ha decretado el bloqueo militar de Cuba. La tensión internacional, ahora acrecentada, favorece claramente a De Gaulle, porque abre un ciclo que reclama personalidades sólidas. Ello parece predecir un amplio «Sí» en el referéndum del domingo. Pero ¿hasta qué punto esta afirmación mayoritaria trazará, por adelantado, el porvenir político francés? La cuestión queda pendiente de respuesta.



Un sector de la oposición: Maurice Faure, Guy Mollet y Paul Reynaud